

NO QUIERO SER VIEJA

—¡«No quiero, no quiero,
no quiero ser vieja!»...
La niña lloraba
mirando a su abuela
surcada de arrugas
la faz macilenta;
los ojos hundidos
(que el tiempo y las penas
su brillo apagaron)
ojos que antes eran
brillantes y lindos
como las estrellas.
—¡«No quiero, no quiero,
no quiero ser vieja!»...

Su hermano que tiene
quince años apenas
del brazo la coge
y aparte la lleva,
y la habla quedito,
quedito y con pena.
—«En tiempos fué joven;
fué joven, y cuentan
que era tan bonita
como una muñeca:
El rostro hechicero,
manos de azucena,
cutis sonrosado,
la boca risueña
con dientes chiquitos,
blancos como perlas
y unos labios finos
color de las fresas.
Su mata de pelo

brillante y trigueña,
reflejos metálicos,
finuras de seda,
de rizos rebeldes
si el aire los peña.
¿Los ojos?... ¡Los ojos
eran dos poemas!
Vivos, chispeantes;
gracia picaresca
mezclábase en ellos
con dulce inocencia;
grandes y rasgados
color de la almendra
cuando adorna el árbol
en la primavera...
—«¡No quiero, no quiero,
no quiero ser vieja!»...

—«¿No viste el retrato
que en la chimenea
tiene nuestra madre?
Pues bien, es de abuela.
Ven que te lo enseñe.
Mírala, contempla
su esbelta figura,
la cintura estrecha,
el porte elegante
como una princesa
de las que en los versos
hablan los poetas.
¡Cuántos soñarían
con que era su reina
y la habrán escrito
romances y endechas!

—«¡No quiero, no quiero,
no quiero ser vieja!»!..

También dicen todos
de abuela que es santa.
¿No ves cuando reza?
¡Parece que el alma
se eleva a los cielos
y Dios la acompaña!
Verás, cuando muera
vendrán a buscarla
mil ángeles bellos
batiendo las alas,
la Virgen y el Niño
y todas las almas
de todos los muertos
por los que rezaba.
Y allá en las alturas
se han de oír *hosannas*
y dulces acordes
en violas y en arpas;
y coros de arcángeles,
de santos y santas,
con sus leves túnicas
en oro bordadas
saldrán a su encuentro
sobre nubes blancas,
azules y rosa
y color de nácar...
Y hasta el arco iris
se pondrá a la entrada
cual arco de triunfo
para agasajarla,
y San Pedro entonces
la ha de decir: «¡Pasa!»...
Dios que es bueno y justo

querrá compensarla
de todas las penas,
de todas las lágrimas
que vertió en el mundo
humilde y callada,
y al séptimo cielo
(más joven, más guapa
que lo fué en la tierra)
será transportada».

Mientras tales cosas
su hermano contaba
la niña le escucha
atenta, embobada.
Moría la tarde;
el sol se ocultaba,
y tras los visillos
su luz tamizada
teñía de rosa
la faz de la anciana,
dando nueva vida
a esta flor ajada.
El frío era intenso,
crugían las ramas.
La luz en el cielo
se hacía más pálida.
A una blanca rosa,
hermosura y gala
del jardín, que en sombras
rodea la casa,
un golpe de viento
sus hojas arranca.
¡Ay las verdes hojas
y las rosas blancas!
¡Trágico destino!..
¡Pobre flor humana!

ELADIA MONTESINO

APUNTES PARA UN EPISCOPOLOGIO PLACENTINO

UN TESTAMENTO

VIVE con perennidad de gloriosa recordación, en la historia de Trujillo, la personalidad, sabia y virtuosa, del Obispo de Plasencia D. Fray Francisco Lasso de la Vega y Córdoba.

De los cuatro arrabales de Trujillo es uno, el llamado en la antigüedad Papalvas, pero nombrado Belén desde el año 1728 mediante gestión directa y personal cerca del Ayuntamiento trujillano, del Obispo Lasso de la Vega y Córdoba, quién por la devoción que profesaba a Nuestra Sra. de Belén, quiso y consiguió que oficialmente así se denominara, como sigue denominándose esta humilde barriada trujillana, habiendo cooperado con la largueza de su caridad a que se terminaran las obras de la pequeña Iglesia que los moradores de Papalvas por aquel tiempo edificaban con voluntaria y ejemplar prestación personal, a fin de serles fácil el cumplimiento de los preceptos divinos y tener un templo en que orar al Señor.

Consiguió también este venerable Obispo que la antigua y rica campana de la famosa ermita románica de la Coronada cercana a Trujillo, y propiedad de su Concejo, quien con grato ánimo la donó a petición del Prelado, fuera colocada para siempre, como hasta el presente está, en aquella nueva Iglesia arrabalera que él puso bajo la advocación de Nuestra Señora de Belén, y que andando el tiempo y habida razón de la densidad demográfica de este poblado, fué erigida en Parroquia el año 1896.

A este preclaro Obispo debe Trujillo la linda ermita de Santa Ana, cabe el Humilladero, en el camino de Sevilla que era ruta por la que caminaban aquellos peruleros que, apoyados en el bordón de su fe y a golpes de sacrificios, sembraron de laureles la geografía de un Nuevo Mundo. Bella ermita la de Santa Ana, víctima de la turbonada francesa y digna hoy de mejor suerte; en sus recios muros campean las armas del Prelado Placentino como secular laude a su piedad y apostólica munificencia.

Frente a esta ermita levantó Don Fray Francisco Lasso de la Vega y Córdoba un Pósito. Su fábrica hoy perdura, aunque ya no es granero para pobres en días invernales y en años de menguadas cosechas.

Otro Obispo de Plasencia, Don Pedro González de Acevedo, fundó en el Convento de la Encarnación de Trujillo Cátedra de Artes y Estudios Generales (1619). Próximamente un siglo después